

¿REVOLUCIÓN CON EMPANADAS Y VINO TINTO?
HISTORIA Y MEMORIA DEL FENÓMENO
DEL DESABASTECIMIENTO EN LA UNIDAD POPULAR
1970 – 1973*

Manuel Gajardo

La señora Emilia Bermejo, mientras miraba por la ventana de su casa, recordaba: «me acuerdo perfecto... yo tengo un manzano en mi patio y, en primavera, en septiembre, florece, y ese año el manzano floreció justo cuando Allende salió presidente, y yo me persigné y dije ‘Dios quiera que no le pase nada’»¹. La señora Emilia ha vivido toda su vida en la comuna de Cerrillos, donde perteneció a una Junta de Abastecimientos y Control de Precios (JAP) durante el gobierno de la Unidad Popular. Estos organismos eran vitales en la lucha contra el fenómeno del desabastecimiento de bienes de primera necesidad, y ella vivió dicha experiencia como «un momento de lucha, uno se sentía viva, yo creía que estaba ayudando de verdad a la gente»². A pocas cuadras de la casa de la señora Emilia, vive la señora Ana Díaz de Carrazana, para quien, por el contrario, el fenómeno del desabastecimiento «fue horrible, todo lo del gobierno de la Unidad Popular fue horrible»³.

Es curioso cómo en un espacio social tan reducido como el de un barrio, el fenómeno del desabastecimiento haya podido ser experimentado de formas tan disímiles, lo cual nos dice que no sólo la experiencia histórica se vive subjetivamente, sino que también los procesos de rememoración y significado que dichos actos tienen para cada persona pueden ser distintos. Dentro de este contexto, el presente artículo busca rescatar los

* Este artículo fue desarrollado en el seminario *Historia oral y memoria: una aproximación a la historia del tiempo presente*, de la profesora Nancy Nicholls.

¹ Entrevista a la señora Emilia Bermejo, Santiago, 14 de septiembre de 2013.

² *Idem.*

³ Entrevista a la señora Ana Díaz de Carrazana, Santiago, 26 de octubre de 2013.

procesos de memoria asociados a dicho fenómeno desarrollado durante el gobierno de la Unidad Popular, liderado por Salvador Allende entre 1970 y 1973, planteando que existen polos muy diversos de significación y relevancia subjetivas. Esto nos muestra que no sólo la adjudicación de responsabilidad o las iniciativas cívicas que se generaron frente al problema tuvieron distintos frentes, sino que también los procesos de construcción de memoria son un terreno en disputa.

En base a aquello, el objetivo de este artículo es lograr comprender por qué se generan distintos relatos asociados a una misma experiencia histórica, para lo cual se plantean tres objetivos específicos: establecer los distintos «frentes de memoria» en torno al fenómeno, comprenderlos dentro del marco histórico en que se generaron, y analizar las posibles razones de la divergencia rememorativa, con el fin de rescatar hechos y vivencias poco consideradas por la disciplina histórica.

Con todo, la importancia de rememorar el desabastecimiento va más allá del mero rescate de las memorias individuales olvidadas por el paso del tiempo y los silencios obligatorios de los discursos de reconciliación y reencuentro nacional⁴. Ello es así porque en la época de la Unidad Popular el fenómeno fue instrumentalizado, siendo víctima, en conjunto con la actividad del Estado y de organizaciones como las JAP, de un discurso de demonización impulsado por las fuerzas del bloque insurreccional frente a la Unidad Popular. Éste estaba conformado por la derecha cívica, parlamentaria y los gremios empresariales más importantes, e impulsó un discurso que fue vital a la hora de manipular la sensibilidad pública respecto del desabastecimiento, como forma de culpar al gobierno y, en especial, a las JAP. Ese fue un elemento crucial que fue símbolo de una supuesta «destrucción material nacional» que, luego, fue usada como forma de justificar y legitimar el golpe de Estado y la posterior instalación de la dictadura cívico militar liderada por el general Augusto Pinochet⁵. Desde este punto de vista, el rescate de memorias silenciadas en torno al fenómeno del desabastecimiento es no sólo una labor patrimonial, sino también un aporte al entendimiento historiográfico de nuestro pasado

⁴ Mario Garcés, «Historia y memoria del 11 de septiembre de 1973 en la población de la Legua de Santiago de Chile», en Anne Perotin-Dumont, *Historizar el pasado vivo en América Latina*, disponible en www.historizarelpasadovivo.cl

⁵ Carlos Huneeus, *El régimen de Pinochet*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2000, 219; Rafael Valdivieso Arista, *Crónica de un rescate: Chile 1973 – 1988*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1988, 9 y 21.

reciente, y a la representatividad que tienen ciertas narrativas que intentan dar cuenta de él.

Para aquello, el artículo se basó en las metodologías propias de la historia oral, vale decir, el levantamiento de información mediante entrevistas personales con diversos actores representativos del complejo tejido social de la época, que hubieran vivido la experiencia del desabastecimiento en carne propia. Dado que fue un fenómeno de alcance nacional, el artículo se elaboró a partir una muestra de personas que vivían en la comuna de Cerrillos en la época mencionada, elección que se justifica por la importancia que tuvo dicha comuna en la conformación de iniciativas de organización popular de base durante el gobierno de la Unidad Popular⁶.

Antes de todo, es necesario explicar brevemente el marco teórico relacionado con la memoria y con sus modos y formas de funcionar. Como plantea Ricoeur, importa considerar la memoria más desde el punto de vista de sus capacidades que de sus deficiencias⁷. Con aquello en mente, el autor establece una fenomenología de la memoria, que considera un abanico de formas en las que se presenta el proceso rememorativo, el que va de los extremos de la singularidad de los hechos en la memoria hasta la rememoración de generalidades⁸. Ello nos dice que el recuerdo es una vía de acceso a una amplia gama de vivencias pasadas, de un modo alternativo a las habituales fuentes escritas utilizadas por el historiador⁹.

Así, la configuración del proceso rememorativo es compleja, por cuanto toda experiencia vivida es susceptible de ser potencialmente recordada en un futuro. Ello implica la existencia de múltiples formas en las que se puede generar el proceso rememorativo, lo que, sin embargo, refiere a cómo se recuerda, pero no a por qué se recuerda. Para responder a esa pregunta consideraremos los aportes de Valerie Raleigh¹⁰, quien plantea que la memoria brinda oportunidades, permite recordar y explicar cosas. No obstante, no todos los recuerdos son positivos, las cosas malas también se recuerdan, son sufridas. Con todo, los recuerdos, independiente de

⁶ A este respecto, véase Franck Gaudichaud, *Poder Popular y Cordones Industriales: testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973*, Santiago, Lom, 2004.

⁷ Paul Ricoeur, *La Memoria, la Historia, el Olvido*, Buenos Aires, FCE, 2008, 40.

⁸ *Ibid.*, 42.

⁹ *Ibid.*, 12.

¹⁰ Valerie Raleigh, «Oral History and Memory», en *Recording Oral History. A guide for the Humanities and Social Sciences*, Walnut Creek, AltaMira Press, 2005.

su naturaleza «buena» o «mala», permiten reconstruir una narrativa que se instrumentaliza, porque se obtiene un contenido empírico del pasado, que permite justificar decisiones en el presente desde el cual se recuerda. Ciertos recuerdos vuelven porque nos definen, son la estructura sobre la cual la persona crea su propia identidad. De esta manera, la rememoración es un proceso dinámico e interactivo en el que el «Yo» y la memoria se organizan, construyen y dan sentido mutuamente de una manera tan íntima que podemos decir que somos lo que recordamos, que somos nuestros recuerdos.

Asimismo, la autora plantea que la psicología ha dado una idea de cómo funciona la memoria: ésta es el material con el que se reconstruye una narrativa en base a «fragmentos», cuyo conjunto no es siempre igual, lo que implica que un recuerdo se puede reconstruir de distintas formas. El registro de un recuerdo siempre es parcial, porque no se puede recordar todo en detalle, por eso se recuerda lo que es significativo para nosotros; las personas eligen lo que es significativo para ellas y lo rememoran para reforzar el sentido de sus vidas. Así, vemos que el ejercicio de recordar es en sí una expresión de la voluntad individual, es algo netamente subjetivo, que nos pone en contacto con lo más íntimo de la persona. Esto nos otorga un nuevo plano a considerar en el estudio historiográfico, en el que ya no se trata tanto de valorizar lo fáctico sino cómo la persona vivió, sintió y sufrió los hechos históricos.

No obstante, la memoria individual a menudo se ha visto absorbida por la memoria colectiva. A pesar de esto, la memoria individual tiene un valor inherente por cuanto permite cuestionar la representatividad de las grandes narraciones históricas. Esto indica que, más allá de ver cuál de las dos memorias contiene a la otra, importa considerar la posibilidad real del cruce de las memorias individuales respecto de los relatos de mayor envergadura¹¹. Habitualmente, dichas narraciones responden a procesos en los que, a nivel público, existe una voluntad de proponer discursos rememorativos de «rescate»¹², apelando a la idea de una política de la «justa memoria», entendiéndola como ejercicio o proceso público¹³.

¹¹ Anna Green, «Can memory be collective?», en Donald Ritchie, *The Oxford Handbook of Oral History*, Oxford University Press, 2011.

¹² Elizabeth Jelin, «¿Quiénes? ¿Cuándo? ¿Para qué? Actores y escenarios de las memorias», en Ricard Vinyes, *El Estado y la memoria: gobiernos ciudadanos frente a los traumas de la historia*, Barcelona, RBA, 2009.

¹³ Ricoeur, *op. cit.*, 13.

En definitiva, y a pesar de las diversas teorías en torno al proceso de rememoración, la memoria se constituye como una construcción que expresa una voluntad humana. Y ahí donde hay libertad de creación, puede existir el conflicto, el enfrentamiento entre memorias, que no sólo recuerdan de forma distinta un mismo hecho, sino que también se enfrentan y se niegan mutuamente. Respecto a aquello, la idea de la «caja de memoria», conceptualizada por Stern, encaja muy bien en los procesos de rememoración asociados al desabastecimiento. Esa idea permitiría

«(...) imaginar la memoria como remembranzas selectivas compitiendo para darle significado a una devastadora experiencia comunitaria, y a la vez construir una legitimidad desde ella (...) ese cofre o baúl de la memoria es fundacional para la comunidad (...) contiene muchos álbumes, cada uno con su guión de fotos y comentarios enfrentados entre sí. Cada álbum es un trabajo en proceso que busca definir un viraje crucial en la vida y darle forma (...) El cofre de la memoria es una caja preciada o sagrada que atrae a la gente, en donde ésta agrega o reordena escritos y fotos, y sobre la cual discute e incluso pelea»¹⁴.

En suma, vemos que distintas memorias, significativas individualmente, pero que tienen un rendimiento social marcado, precisamente, por la presencia de narraciones colectivas, pueden entrar en conflicto entre sí. A pesar de eso, en conjunto representan una «caja de memoria» en torno a un determinado elemento, que en este artículo, será el desabastecimiento.

Con este pequeño marco teórico en cuestión, y luego de exponer un breve contexto histórico relacionado con la Unidad Popular, se analizarán tres tipos de memoria en torno al desabastecimiento: la memoria disidente, la memoria protagonista y la memoria intermedia.

El contexto: la Unidad Popular, 1970 – 1973 y el desarrollo del desabastecimiento

La llegada al poder de Allende y de la Unidad Popular, en septiembre de 1970, puede ser considerado como el momento cúlmine, no sólo de la movilización de las fuerzas sociales populares, sino que también de un proceso en el que el Estado se consolidó como plataforma de solución a

¹⁴ Steve Stern, *Recordando el Chile de Pinochet: en vísperas de Londres 1998*, Santiago, Editorial Universidad Diego Portales, 2009, 31.

la cuestión social. Así, el gobierno de la Unidad Popular, con un programa «anti imperialista, anti oligárquico y anti feudal»¹⁵, buscó transformar las estructuras socio económicas imperantes, con el fin de superar la pobreza atávica del pueblo chileno.

Dentro de su amplia política de transformación –sobre todo en el área económica, con la búsqueda de un área de propiedad social, al alero del Estado- la subsistencia constituyó un pilar importante en el plan de acción del nuevo gobierno. Éste elaboró una Política de Alimentación y Nutrición orientada a asegurar el buen estado nutritivo de la población y asegurar las demandas del abastecimiento alimentario, con el fin de mejorar cualitativa y cuantitativamente el nivel de vida¹⁶. Ejemplo de ello fue la consolidación del Programa Nacional de Leche, encargado de la producción y distribución del medio litro de leche prometido, y en el que, desde el primer momento, se involucró la participación popular y de diversas instituciones¹⁷.

Junto con ello, la política económica de la UP de aumentar el gasto fiscal mediante el reajuste salarial, para redistribuir el ingreso nacional, hizo que la clase trabajadora tuviera mayor poder adquisitivo, lo que generó grandes presiones en la demanda de todo tipo de bienes y, sobre todo, de artículos de primera necesidad. Nuevos problemas comenzaron a aparecer, como la escasez de alimentos y el acaparamiento de bienes de consumo. Estos problemas movilizaron a la sociedad chilena y al Estado, el que comenzó a dar la «batalla de la producción»¹⁸, en el marco de la cual se impulsó la formación de las JAP.

Como tal, el fenómeno del desabastecimiento tuvo fluctuaciones y cambios. Durante 1971 el problema aún no se presentaba de forma grave; sólo a fines de dicho año comenzaron los primeros síntomas de escasez de bienes de consumo. Ya hacia comienzos de 1972, el desabastecimiento era un problema presente, frente al cual tanto el gobierno y como la sociedad civil comenzaron a demarcar sus posiciones. A medida que el problema se fue agudizando, la posición estatal buscó conciliar una voluntad de solución junto con responsabilizar a los grupos económicamente acomodados y a la mala praxis en los rubros de la producción y la comercialización.

¹⁵ *Programa Básico de gobierno de la Unidad Popular*, Santiago, Imprenta Horizonte, 1969, 3.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Julio Pinto et al., *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, Lom, 2005, 138 y 139.

¹⁸ *Ibid.*, 142 y 143.

En la solución, para el Estado el punto clave fue la orientación del movimiento popular en torno a una política unificada y coherente, para lo cual las JAP fueron concebidas como un actor vital. Por otro lado, la escasez gatilló el posicionamiento hacia la derecha de los principales medios empresariales, en particular de los asociados al comercio detallista, quienes remarcaron un discurso que culpabilizó directamente al gobierno¹⁹.

No obstante, el desabastecimiento tuvo una cara distinta, y que fue más allá de su naturaleza problemática, dado que, como plantea Ferman-
dois:

«como espacio de encuentro social, el aspecto de pequeño carnaval que podía tener el ‘mundo de las colas’ correspondía a esa parte de toda convulsión política y social que, por violenta y en muchos casos sangui-
naria que fuera, no dejaba de tener, al menos, una primera fase de fiesta, de carnaval, de mundo vuelto al revés (...) Así, la vida de las colas no era siempre un azote, un trabajo irritante ni, como no pocos lo pensaban, de humillación, dado que se desarrolló una vida social bastante activa en torno ellas»²⁰.

Ese microclima fue el que se vivió en los barrios de todo el país, en el que se desarrollaron toda clase de problemas cotidianos entre las personas en una escala que se alejaba de las grandes explicaciones al problema, que se buscó dar desde ambos frentes políticos. Ello mostraba la forma en que ideas como la supervivencia individual, la presencia (justificada o no) de supuestos peligros, y el sentimiento de fraternidad comunitaria, daban otro sentido a la acción de los agentes sociales.

Así, vemos que, contemporáneamente, el desabastecimiento se entendió como un problema que activó a todos los miembros de la sociedad, de distinta forma. En este contexto, veremos a continuación la formulación de las distintas memorias asociadas a éste.

¹⁹ Manuel Gajardo, *Del control estatal al control popular: la relación de las JAP con el Estado Chileno, 1970 – 1973*, documento inédito.

²⁰ Joaquín Ferman-
dois, *La revolución inconclusa: la izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular*, Santiago, Centro de Estudios Públicos, 2013, 584 y 588.

*El racionamiento como expresión de desorden y peligro:
la memoria disidente en torno al desabastecimiento.*

¿Por qué caracterizar este tipo de memoria como la de los disidentes? Porque es la memoria que la mayoría de la oposición a la Unidad Popular adoptó en torno al proceso global, dentro del cual el desabastecimiento era uno de los tantos errores y atropellos llevados a cabo, según su visión, por Allende y su gobierno. Dicha oposición, como ya se ha mencionado, fue amplia, y cubrió desde la dueña de casa, pasando por el dueño de un establecimiento comercial (coloquialmente, el «negocio del barrio») hasta el empresario a cargo de miles de empleados.

Hija de un campesino (en sus palabras «un hombre muy honrado, muy recto, que me enseñó el amor por mi Patria»), la señora Ana fue una de esas dueñas de casa que estuvo en contra del gobierno de Allende, y que vivió en carne propia el desabastecimiento. En una entrevista personal relata:

«(...) todo era horrible... yo tenía un grupo de amigas y ya presentíamos mucho antes, que se nos venía algo malo. Recuerdo que hubo una protesta de gente joven frente La Moneda, Frei salía y entraba del balcón, la gente protestaba porque le iba a entregar el poder a Allende. Yo en ese tiempo no me metía en política, pero presentía que algo terrible venía para nosotros»²¹.

Para la señora Ana, el desabastecimiento fue símbolo de lo terrible: «mira lo malo que fue, comenzaron a decir que teníamos que tener tarjeta JAP, y con las viejucas pensábamos que nos íbamos a morir de hambre»²². No sólo el fantasma del hambre rondaba la mente de la señora Ana, sino también el de la inseguridad: «Cuando yo andaba con mercadería siempre veía a dos jóvenes pelucones y pensaba que me iban a sacar la ñoña para quitarme las cosas que andaba trayendo»²³.

En su pensamiento, había culpables claros de lo que sucedía:

«Las JAP favorecieron más a ciertas personas, el carnicero que había aquí salía con carretillas de carne para entregarle a la gente, y yo

²¹ Entrevista a la señora Ana Díaz de Carrazana, Santiago, 26 de octubre de 2013.

²² *Idem.*

²³ *Idem.*

¿REVOLUCIÓN CON EMPANADAS Y VINO TINTO?...

conseguía una piltrafa que era más grasa que carne... Llegaban pollos y nunca conseguía uno para mí, y una vez llame al presidente de la junta de vecinos y le dije 'aló compañero, ¿tiene pollos?' y me dijo 'sí compañera, venga nomás'. Ahí supimos dónde llegaban los pollos y, como nosotros no éramos comunistas, no nos llegaba ninguno»²⁴.

Sobre los comunistas, declara:

«(...) fueron gente muy cerrada de mollera, yo no sé cómo puede existir gente como ellos. Una vez atropellaron a una señora enfrente de la panadería. Yo, como era enfermera partí pa' allá, pesqué una almohadilla pa' que apoyara la cabeza y llega el hijo y me dijo 'prefiero que mi madre se muera antes de que la toque'. Yo ahí me di cuenta y comencé a pensar y dije 'oye, estas personas así no son seres humanos', eso me chocó»²⁵.

Una experiencia parecida fue la que vivió la señora Carmen González, dueña de casa y esposa de un contador. Sobre las JAP, ella señala:

«En esos años yo recuerdo que las JAP era un grupo de viejas relacionadas con la junta de vecinos, con el señor Rodríguez ese... yo la verdad es que no me llevaba muy bien con los comunistas, ni con los socialistas. Eran gente violenta, una vez fui allá y vi como habían cosas dentro, no sé si era mercadería o qué cosa, pero vi que tenían algo guardado. Cuando se dieron cuenta, unos cabros chicos me echaron a patadas de ahí»²⁶.

Sobre cómo la afectó el desabastecimiento personalmente, sostiene lo siguiente: «a mí siempre me faltó carne por ejemplo, y uno no sabía si iba a tener suficiente para comer o no, renunciar a la carne, al pollo, al café... siempre fue difícil, algo a lo que uno no estaba acostumbrada»²⁷. Respecto de los responsables, la señora Carmen es enfática:

«(...) todo era culpa de los comunistas. Eran gente muy ignorante, yo escuché hablar una vez a Allende acá en la población y me di cuenta cómo todo el mundo le creía todo lo que decía, de que ya no iban a haber colas, de que el pollo... todo eran mentiras, puras mentiras... el pan por

²⁴ *Idem.*

²⁵ *Idem.*

²⁶ Entrevista a la señora Carmen González, Santiago, 27 de octubre de 2013.

²⁷ *Idem.*

ejemplo, ¡llegaba pan con aserrín! Y la gente de la JAP no estaba ni ahí, como ellos se arreglaban con las pocas cosas que había»²⁸.

De este modo, vemos cómo las experiencias de la señora Ana y la señora Carmen resumen gran parte de la memoria disidente: el rechazo total al gobierno de Allende, demonización de los comunistas, y responsabilidad total del gobierno de los problemas cotidianos. En su relato, lo horrible emergía como adjetivo recurrente para caracterizar la época. Para ambas dueñas de casa, el desabastecimiento fue vivido como una sensación de peligro: peligro de «morir de hambre», peligro de sufrir violencia física, y los responsables serían fácilmente identificables: las JAP y los comunistas. Ambos casos ilustran la capacidad de percibir un problema y la incredulidad frente a las iniciativas que se estaban generando para solucionar el problema.

Asimismo, es interesante corroborar lo que nos plantea la teoría sobre el cruce entre memoria individual y memoria colectiva. En ambas narraciones se aprecian varios lugares comunes respecto de la UP en su conjunto –demonización de los comunistas, incapacidad del gobierno, corrupción–, como en relación con las JAP –sectarismo y poca transparencia– y, al mismo tiempo, a nivel individual éstos adquieren el signo del desorden, del peligro, de la violencia. Ello permite sostener que sus memorias respecto del desabastecimiento se inscriben dentro de un marco de sentido mayor, que identificaba a Allende con la destrucción de lo que consideraban bueno, con la posibilidad de que cosas malas comenzaran a suceder²⁹.

Finalmente, a raíz de estos testimonios, el desabastecimiento también debe ser comprendido en otra dimensión: la del comportamiento económico de los individuos. Desde este punto de vista, un concepto como el de consumo es importante, el que se define como el empleo de un bien o servicio, de modo que su uso implica su destrucción para satisfacer una necesidad³⁰. De esta manera, se plantea una relación en la que cada acto de consumo responde a una necesidad, concepto que se puede definir como

²⁸ *Idem.*

²⁹ Desde este punto de vista, sorprende ver la correspondencia de imágenes asociadas al gobierno de la Unidad Popular como «destrucción de la Patria». A este respecto, ver Stern, *op. cit.*, en especial el capítulo «La memoria heroica: del desastre a la salvación».

³⁰ Yves Bernard y Jean Claude Colli, *Diccionario económico y financiero*, Paris, Seuil, 1975, 379.

una carencia sentida, tanto por el individuo como por la colectividad³¹, pero que, no obstante, ha sido entendido de distintas formas.

Otras visión recoge de igual manera la identidad entre consumo y necesidad, pero plantea que una necesidad nunca viene sola, sino acompañada, porque existe un sistema de necesidades que emerge determinado por el poder de consumo³². Una de las principales necesidades es la de alimentación, no sólo por su naturaleza intrínseca ligada a la subsistencia y el desarrollo de una integridad física positiva, sino también por el matiz identitario que puede adquirir (recuérdese la arenga de Allende de hacer la revolución con «empanadas y vino tinto»)³³.

Al aplicar los conceptos económicos introducidos, vemos que la carencia de bienes de consumo atentó contra el estatus de consumidor de estas dos dueñas de casa, por cuanto para ambas la escasez implicó dejar necesidades insatisfechas. Esto adquirió un matiz especial para el caso de la señora Carmen, quien identificó ciertos bienes –renunciar al café y la carne era algo a lo que no estaba acostumbrada- y su poder de consumo a una posición social privilegiada. Asimismo, el desabastecimiento generó una competencia por el consumo, ya que los bienes de primera necesidad se volvían escasos, lo que a su vez catalizaba y profundizaba el conflicto.

Por último, ambas experiencias pueden observarse con la óptica del rol de género, lo que hace que adquieran un nuevo significado, sobre todo si se considera el estudio de Margaret Power en torno a la participación de la mujer en la oposición al gobierno de Allende. Esta autora plantea que el desabastecimiento fue usado para movilizar a las dueñas de casa en contra del gobierno, apelando a generar un rol femenino asociado a la maternidad, al ámbito privado del hogar y de la familia³⁴. Así, tanto la señora Ana como la señora Carmen representan a la mujer dueña de casa para quien el conflicto del desabastecimiento puso en peligro la integridad interna del hogar. Éste fue un nuevo símbolo del peligro que, como plantea la autora, se conecta con un nivel superior, ya que la familia y el hogar eran la base

³¹ *Ibid.*, 972.

³² Jean Baudrillard, *The consumer society: myth and structures*, Londres, Sage, 1998, 70 - 75.

³³ Arnold Bauer, *Goods, Power, History: Latin America's material culture*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, 185 - 197.

³⁴ Margaret Power, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*, Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana, 2008, 171 - 181.

de la nación. De esta manera, la escasez de alimentos ponía en peligro no sólo la sobrevivencia de los individuos, sino que la de la nación misma.

Otro componente importante dentro de la memoria disidente es el que corresponde a los comerciantes, a los dueños de supermercados de barrio. El señor Carlos Roa, hijo de don Benigno Roa, tenía 20 años al momento de la llegada al poder de Allende, y siguió de cerca el desarrollo del desabastecimiento, ayudando a su padre en el negocio familiar. Su juicio es categórico: «yo no me metí en política ni mi padre tampoco, pero en ese tiempo, en el periodo de la Unidad Popular, había que ser compañero, porque si no se era compañero, no conseguíamos mercadería»³⁵.

En sus palabras, el desarrollo normal del negocio se vio comprometido:

«eran las tres cuatro de la mañana y teníamos cuadra completa a la redonda para poderla atender al día siguiente, si es que llegaba algún producto. Todo lo teníamos que conseguir con tarjeta, igual que como lo conseguía el público, teníamos que ir al ministerio de Economía a buscar una autorización para retirar mercadería, de lo contrario no conseguíamos. Eso fue una de las partes más críticas de la UP, y contribuyó a que, como vecinos, nos separáramos...»³⁶

Por otro lado, su relación con las JAP fue fuertemente contenciosa: «Yo a la presidenta de la JAP, a esa señora, yo me di el lujo, y esto es una infidencia bastante grande, me di el lujo de subirla y bajarla a chuchadas por decir que ella era la dueña del negocio, siendo que nosotros éramos los dueños, ella decía que ella imponía las reglas»³⁷. Este sentimiento de la propiedad se ligaba fuertemente a un sentido del trabajo muy profundo:

«El valor del trabajo para mi es lo más importante en el ser humano, uno para poder tener tiene que sacarse la cresta y media, para tener lo que nosotros tenemos mi padre y mi madre se tuvieron que sacar la cresta (...) veamos la realidad, yo viví en carne propia la UP, antes de eso Frei, Alessandri, y después los militares y la Concertación, y con todos tuve que trabajar, nadie nunca nos ayudó»³⁸.

³⁵ Entrevista con don Carlos Roa Bravo, Santiago, 30 de noviembre de 2013.

³⁶ *Idem.*

³⁷ *Idem.*

³⁸ *Idem.*

Esa sensación de desapego frente a la autoridad externa y el valor de los propios esfuerzos se aprecia también en la visión que don Carlos tenía de organismos como la Dirección de Industria y Comercio (DIRINCO): «La DIRINCO era una institución que te obligaba a hacer las cosas que el gobierno decía... con Allende esto se transformó como en una, como te dijera, en una policía encubierta, porque la DIRINCO te vigilaba en que lo que tú tenías lo tenías que vender... eran peor, a ver, cómo te lo podría explicar, eran peor que las JAP»³⁹. Ese rechazo a la intervención en su negocio hoy sigue presente: «nosotros somos dueños del negocio, nosotros pagamos impuestos, pagamos IVA, pagamos esto otro, y ellos estaban viviendo gracias a nosotros, como pasa con todas las instituciones, con las municipalidades, con impuestos internos, con la inspección del trabajo, que vive en función exclusivamente de las multas que les pasan al empleador, y nada más»⁴⁰.

Al igual que en los casos de la señora Ana y la señora Carmen, el desabastecimiento se enmarcaba en un horizonte de sentido superior, que lo vinculaba con la totalidad del gobierno de Allende, dado que para don Carlos: «gracias a gobierno militar estamos como estamos, o si no, en este momento estaríamos viviendo igual que en Cuba, que en Venezuela, que en Colombia, y eso es lo que la gente no quiere entender, gracias a los militares salimos de ese hoyo, que era bastante grande»⁴¹.

Por último, uno de los temas más delicados asociados al desabastecimiento lo constituyó la existencia de mercado negro. A este respecto, los recuerdos del don Carlos son confusos, ya que en primera instancia plantea que: «el mercado negro se produjo por culpa de ellos, se producía por la sencilla razón de que tu tenías amigos, llegaban cien pollos, repartiái ochenta y guardabai veinte pa' los amigos». Pero luego, señala que: «no se hacía para sacar ganancia, uno lo hacía para ayudar a las personas que lo necesitaban»⁴², con lo cual no queda clara la situación que marcó su desempeño profesional en el contexto del desabastecimiento, y en relación al mercado negro.

De esta manera, podemos hacer el siguiente diagnóstico de la memoria de don Carlos: en primer lugar, él se vio directamente afectado por el desabastecimiento, no tanto a nivel personal, sino más bien a nivel

³⁹ *Idem.*

⁴⁰ *Idem.*

⁴¹ *Idem.*

⁴² *Idem.*

profesional, por cuanto su actividad laboral era la venta de mercadería y alimentos. En ese contexto, si consideramos la visión tan íntima que tiene del trabajo y del emprendimiento, vemos que, finalmente, el desabastecimiento lo tocó profundamente, por cuanto operaba no en su estatus de consumidor, sino en el de empresario. De ahí sus reacciones frente a las JAP, a la DIRINCO, y a todo lo que oliera a intervencionismo, ya que, al parecer, dicha intromisión ponía en duda su propia identidad de trabajador. De esta manera, lo significativo de su memoria es que expresa que el fenómeno del desabastecimiento fue un peligro no sólo a nivel material, como vimos con la señora Ana y la señora Carmen. El desabastecimiento también era un peligro que, si bien se inspiraba en un nivel material (el derecho de propiedad), tenía un mayor rendimiento en un plano no material, vale decir, en la conformación de identidad de don Carlos en tanto comerciante, en tanto persona de esfuerzo, como lo reflejan sus propias palabras.

Así, su acción de rechazo a las JAP como actor responsable se relacionan, directamente, con su posición de propietario de un establecimiento del comercio minorista. La posición que tuvieron los principales gremios empresariales, en particular la SNA (Sociedad Nacional de Agricultura), la CPC (Corporación de la Producción y el Comercio) y la CONFEDECH (la Confederación del Comercio Detallista, liderada por Rafael Cumsille) fue delicada, dadas las intenciones gubernamentales de crear el área de propiedad social de la economía, lo que, en su visión, vulneraba el derecho a la propiedad. En este contexto, los gremios se fueron desplazando hacia la derecha, consolidándose como actor sociopolítico importante desde el Encuentro del Área Privada en 1971, y se unieron a la oposición parlamentaria, a medida que las expropiaciones se fueron profundizando⁴³.

A nivel general, no sólo la crítica ciudadana que reflejan estas memorias fue el origen del cuestionamiento al gobierno de la Unidad Popular. Después del golpe de Estado se desarrolló una línea de interpretación académica que desmenuzó la política económica del gobierno. Tempranamente, en el periodo de la dictadura, comenzó un proceso de «diagnóstico» global sobre las falencias y vicios de la UP. En ello, la vulneración de la propiedad privada, la pérdida de incentivos económicos para la inversión, la obstrucción de activos mediante la «actividad ilegal» que implicaron

⁴³ Guillermo Campero, *Los gremios empresariales en el periodo 1970-1983: comportamiento sociopolítico y orientaciones ideológicas*, Santiago, Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, 1984, 40 - 72.

las tomas y expropiaciones de fábricas y terrenos, el excesivo gasto fiscal en el reajuste salarial, la excesiva confianza en la capacidad ociosa de la industria nacional y la falta de incentivo al aumento de la producción, fueron factores que incidieron en la «destrucción material» del país⁴⁴. El desabastecimiento fue una expresión más, de acuerdo a esta perspectiva, por cuanto representaba un intento estatal de «usar la escasez a su favor con fines sectarios»⁴⁵. Ese intento se enmarcaba dentro de una estrategia política y económica que no dio los resultados esperados y que configuró el inicio del «desastre»⁴⁶ del gobierno de la Unidad Popular.

Esa misma crítica ha recalcado el carácter técnico en torno a las causas del desabastecimiento, pero ridiculizando otras versiones explicativas de la crisis, en general, y del desabastecimiento, en particular, planteando que «otros argumentos que se esgrimen son realmente cómicos y sólo merecen atención como un buen chiste. La explicación de la escasez de la carne, porque la gente de barrio alto acapara en los refrigeradores o aquella que explica la escasez de cerveza porque hace mucho calor, son muestras del ingenio y del humor de los chilenos»⁴⁷.

Sin embargo, hay otro tipo de crítica que reconoce las falencias técnicas del gobierno, pero también considera la propia visión estatal, también de carácter técnico. Ésta propone que el aumento del poder adquisitivo de los trabajadores, como forma de generar mayores incentivos a la producción, fue la apuesta gubernamental, reconociendo ciertos obstáculos, como la falta de disciplina productiva y el boicot en las fábricas para desprestigiar al gobierno⁴⁸.

Desde este punto de vista, la existencia de este tipo de memorias coincide con la crítica posterior al golpe, que apunta al carácter desastroso de las políticas económicas de la Unidad Popular. Ello permite plantear que el discurso de cuestionamiento y demonización, desarrollado antes

⁴⁴ Jorge Ossandon, *Economía de guerra: ¿vía chilena hacia el hambre?*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1973.

⁴⁵ Alberto Baltra, *Gestión económica de la Unidad Popular*, Santiago, Orbe, 1973, 38.

⁴⁶ Gonzalo Vial, *Salvador Allende: el fracaso de una ilusión*, Santiago, Editorial Universidad Finis Terrae, Centro de Estudios Bicentenario, 2005, 78.

⁴⁷ Álvaro Bardón, *Una experiencia económica fallida: crónicas económicas sobre el gobierno de la Unidad Popular*, Santiago, Editorial Antártica, 1993, 58.

⁴⁸ Stefan De Wylder, *Allende's Chile: the political economy of the rise and fall of the Unidad Popular*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976, 94. Ver también Gonzalo Martner, *El gobierno del presidente Salvador Allende, 1970 - 1973: una evaluación*, Concepción, LAR, 1988.

del golpe, tuvo gran repercusión en la población. Sin embargo, el entendimiento acabado que presenta dicha producción no se aprecia en las entrevistas que rescatan las memorias de la señora Ana, la señora Carmen y don Carlos. De esta manera, las razones de por qué percibieron así el fenómeno del desabastecimiento deben buscarse en otro lugar.

Una posible respuesta es que su propia posición social fue lo que llevó a estas personas a pensar de esa forma; sus propias tradiciones y educación fueron determinantes a la hora de recibir positiva o negativamente el fenómeno. Estos elementos estructuraron una base rígida desde donde se configuró su «capacidad vivencial», en términos coherentes con su posición social, con sus ocupaciones y con sus visiones de mundo. Este acercamiento materialista al fenómeno de generación de la experiencia, no obstante, es independiente de los modos de función del proceso rememorativo, que puede ir cambiando y fortaleciendo significados.

Ello pone a la memoria disidente como uno de los principales frentes de memoria respecto de la Unidad Popular en su conjunto, y del desabastecimiento en específico, cuyos principales símbolos fueron y son la sensación de peligro, la indignación frente a las malas prácticas y la vulneración de identidades personales.

*El desabastecimiento como oportunidad de acción ciudadana:
la memoria protagonista*

¿Por qué memoria protagonista? Porque se basa en experiencias que vieron el desabastecimiento no como una crisis, sino como una coyuntura de acción, como una apertura hacia una mayor organización social y una forma de solucionar un problema que afectó agudamente a la comunidad. Respecto del desabastecimiento, en Cerrillos, la actividad de la Junta de Vecinos n° 1, y la de la JAP asociada a dicha junta, fueron vitales.

A nivel nacional, la labor de las JAP ha recibido poca atención de parte de la historiografía, quizás por la compleja tarea que significa historizar su trabajo, tanto por el acceso a las fuentes como por la dispersión espacial de su actividad. Sin embargo, se puede hacer una reconstrucción de sus funciones, de los principales problemas asociados y del significado histórico de su acción.

Frente al desabastecimiento, y a la necesidad de movilizar a las capas populares para generar una base de apoyo⁴⁹, el gobierno y los vecinos de las comunas del país dieron nacimiento a las JAP⁵⁰. Éstas se definieron como:

«[Una] agrupación de trabajadores que lucha por mejorar las condiciones de vida del pueblo dentro de cada unidad vecinal, de preferencia esforzándose por lograr un adecuado abastecimiento, velando por un eficaz control de los precios, luchando contra la especulación y los monopolios, promoviendo el mejor aprovechamiento de los medios de subsistencia del pueblo y cooperando, en general, con todas las funciones de la DIRINCO»⁵¹.

Si bien se les acusó de malas prácticas como el sectarismo y la falta de transparencia, fueron concebidas como organismos de poder de los consumidores, y no de los partidarios de la Unidad Popular, por lo que no eran necesariamente –aunque sí recurrentemente– organismos de la UP. Por lo tanto, por lo menos en el discurso, no podían discriminar entre partidarios del gobierno y opositores⁵². Fueron el punto cúlmine de la organización popular en torno al nascente problema del desabastecimiento y, antes de que estas juntas adquirieran rango institucional, proliferaron específicamente en las comunas donde los sectores de bajos ingresos eran mayoritarios, en las denominadas «poblaciones marginales urbanas»⁵³. Asimismo, al ser parte de la estrategia económica estatal, necesariamente iban a agudizar los conflictos sociales, generando todo tipo de adherencia y rechazos⁵⁴.

Así, las JAP representaron una experiencia en la que confluyeron fuerzas sociales, del Estado y del comercio detallista, espacios que se encon-

⁴⁹ Leonardo Melo, «Las Juntas de Abastecimiento y Precios: historia y memoria de una experiencia de participación popular, Chile 1970 – 1973», *Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, mención Estudios Culturales*, Santiago, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 2012.

⁵⁰ Pinto et al., *op. cit.*, 130.

⁵¹ *Ibid.*, 144.

⁵² Luis Corvalán, *El gobierno de Salvador Allende*, Santiago, Lom, 2003, 159 y 168.

⁵³ Jorge Giusti, «Participación popular en Chile. Antecedentes para su estudio: las JAP», en *Revista Mexicana de Sociología*, 37: 3, julio – septiembre 1975, 768.

⁵⁴ Manuel Castells, *La lucha económica de clases en el Chile de la Unidad Popular*, Santiago, CIDU, 1972.

traron en constante pugna durante el siglo XX chileno. De esta manera, la experiencia de las JAP se insertó en toda una tradición en la que el Estado buscó influir sobre las tendencias económicas del país y el mercado.

Dicha tendencia se remonta, por lo menos, hasta la década de 1920⁵⁵. Después de la crisis económica mundial de 1929, el sector público comenzó a jugar un papel mucho más activo, por lo que se buscó otorgar una organización más dinámica y eficiente a la administración pública, para que fuera un motor de desarrollo social y económico⁵⁶. Una de las formas principales en las que el Estado chileno buscó concretar dicha influencia fue la del control de los precios y la producción de bienes de primera necesidad, para lo cual creó el Comisariato General de Subsistencias y Precios mediante decreto ley en el año 1932⁵⁷. La circunstancia extraordinaria en la que se creó –en el contexto de la República socialista de Chile– generó que se mostrara como fruto de una medida excepcional, comprendida en el terreno político, y no en el terreno jurídico-constitucional o económico. Ello implicó que se encontrara en la paradójica situación de ser una medida jurídica que no podía ser comprendida en el plano del derecho⁵⁸.

Para el caso de la Unidad Popular, esta situación se llevó a su expresión máxima, dado que, a nivel económico, la mayor parte del programa se aplicó mediante el uso de resquicios legales⁵⁹, usando a la DIRINCO como institución encargada de fijar precios, controlar la producción, la

⁵⁵ A este respecto, el trabajo de Juan Carlos Yáñez ilustra los primeros pasos del Estado en la intervención dentro del mercado. Juan Carlos Yáñez, *La intervención social en Chile: el nacimiento de la sociedad salarial, 1907 – 1932*, Santiago, RIL, 2008.

⁵⁶ Hugo Zunino, *Caracterización del sector Público Chileno*, Santiago, INSORA, 1969, 59 y 60.

⁵⁷ Fred Facusse, «La fijación de precios en el comercio interno de Chile», *Memoria para acceder al grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas*, Santiago, Universidad Católica de Chile, 1964, 51 a 53.

⁵⁸ Giorgio Agamben, *Estado de excepción: Homo sacer, II, I*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2007, 23.

⁵⁹ Sergio Micco, «Unidad Popular, resquicios legales y quiebre jurídico institucional chileno», *Tesis para optar al grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales*, Universidad de Concepción, 1987, y Cristian Villalonga, «Introducción a la política-jurídica en Eduardo Novoa (desde una teoría crítica del Derecho a la vía legal al socialismo durante la Unidad Popular)», *Tesis para optar al grado de Licenciado en Derecho*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2003, 58.

comercialización y el transporte de los artículos de primera necesidad⁶⁰. No obstante, y en concordancia con la memoria disidente de don Carlos Roa, como institución, tuvo un diagnóstico muy negativo, caracterizado por la inexistencia de políticas definidas y consistentes⁶¹. Por ejemplo, el gobierno constantemente creó secretarías y departamentos encargados de la distribución, burocratización que entorpeció la efectividad de la organización.

Así, las JAP tuvieron una relación contenciosa y conflictiva con el Estado, representado por la DIRINCO⁶², que varió entre los extremos de la cooptación y la cooperación mutua. Ello pone en evidencia la relación de tensión existente entre todo Estado y su sociedad civil⁶³, y que, para el caso de las JAP, significaba considerar el origen de la acción, tanto si eran un símbolo de «poder popular»⁶⁴, de una «revolución desde abajo»⁶⁵, o si, por el contrario, su existencia respondió a deseos exclusivos del Estado. Independiente de aquello, la labor de las JAP se puede considerar más allá de sus vicios y relaciones con el Estado, y se puede analizar en base a la memoria de sus propios actores.

Una de esos protagonistas fue la señora Emilia Bermejo. Nacida en 1936, llegó a Cerrillos el año 1952. Sin embargo, su actividad pública se inició mucho más tarde: «Yo pertenecía a un centro de madres acá en la comuna, entré el año '67. La cosa es que yo entré y por ahí uno tenía conexiones con la junta de vecinos y por ahí llegué a la JAP. Al Juan lo apoyábamos en todo lo que hacía porque era muy correcto»⁶⁶.

⁶⁰ Guy de Moras y Jorge Calderón, *Manual de legislación económica. Normas del Ministerio de Economía y Dirinco*, Santiago, Editores Rocabus, 1970, 9 y 10.

⁶¹ Urrich Reymi et al., *Diagnóstico y reestructuración del Sector Público Chileno*, Santiago, Departamento de Administración, Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, 44.

⁶² Gajardo, *op. cit.*

⁶³ A este respecto, los trabajos de Michael Mann y Theda Skocpol resultan ilustradores y permiten entender las fuerzas tanto del Estado como de la sociedad. Michael Mann, «El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados», en *Zona Abierta*, 57-58, 1991; Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol, *Bringing back the State in*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

⁶⁴ Gaudichaud, *op. cit.*

⁶⁵ Peter Winn, *Tejedores de la Revolución: los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*, Santiago, Lom, 2004.

⁶⁶ Entrevista a doña Emilia Bermejo, Santiago, 14 de septiembre de 2013.

Respecto de sus funciones, su recuerdo es escaso, pero compensa exponiendo problemas varios:

«(...) mira la verdad es que así como las atribuciones que teníamos la verdad ya no recuerdo... eso sí, suponte tú, estaba todo escaso, no había ni confort, no había pasta de dientes, no había aceite. Todos los negocios se parcializaron, en esta manzana tocaba comprar ahí en el San Antonio [supermercado de don Carlos Roa y su padre], el negocio tenía que venderle al barrio, uno no podía ir a otro lado. Entonces como perteneciente de la JAP tenía que controlar que hubiera un comportamiento más abierto, más honrado»⁶⁷.

Sobre su relación con los comerciantes recuerda: «los carniceros, los comerciantes que estaban en contra del régimen llegaban y le daban menos a la gente. Yo nunca tuve problema con ningún comerciante, como yo era calmada, yo me paraba, miraba y ya, no me venía a mi casa hasta que se terminara la venta, podía estar todo el día parada ahí»⁶⁸.

En el recuerdo de la señora Emilia, la presencia de la deshonestidad tiene un significado especial:

«(...) había gente que abusaba, yo todavía la veo a la señora, está vieja, y me acuerdo y me da rabia y digo yo: apuesto que no compra dos o tres pollos como antes. Cerca de su casa había una avícola, y la hija mayor de esta vieja estaba en la cola, ella y sus hermanas, y compraban separadamente, todas compraban. Una chiquilla venía aquí y exigía que tenían que venderle el kilo de filete, y después del golpe compraba medio kilo de hueso»⁶⁹.

Su relato continúa enfocado en los abusos de la gente: «(...) venía gente de la Caro [una población cercana] incluso, de todos lados y compraban lo que les vendieran, entonces acaparaban. Una vez el Carlos tuvo que tirarle agua a la gente porque la gente quería meterse al súper a la fuerza»⁷⁰.

Sobre las acusaciones de sectarismo y favoritismo, la señora Emilia es enfática:

⁶⁷ *Idem.*

⁶⁸ *Idem.*

⁶⁹ *Idem.*

⁷⁰ *Idem.*

«(...) es cierto, muchas veces se cometieron cosas malas, habían personas que se hacían pasar por miembros de las JAP y recibían los despachos de las empresas, entonces era prácticamente un robo... era una tarea tan grande la que teníamos que hacer, que esas cosas se daban... sin embargo acá nunca se llegó al sufrimiento. Es cierto, yo era madre y temía por no tener que darle a mis hijos, pero nos las arreglamos siempre... cuando había desabastecimiento no sufrimos, el sufrimiento comenzó después del golpe»⁷¹.

Finalmente, la señora Emilia le adjudica una carga positiva al hecho de haber sido parte de las JAP: «(...) fue una experiencia de haber estado en el problema y que no es como lo cuentan, de que fuera tan malo. Nos hicimos cargo de los problemas, y eso era bueno, sentíamos que era lo que había que hacer, que era lo correcto ayudar a las personas»⁷².

En suma, la memoria de la señora Emilia ilustra la experiencia de las JAP, de modo que da cuenta del sentido de protagonismo, casi de heroísmo, que inspiraba la movilización popular. En su recuerdo conviven armónicamente el deseo de acción y servicio, los problemas cotidianos, las labores de vigilancia y los vicios de las juntas, y es un recuerdo que permite conciliar los relatos de la memoria disidente con la objetividad historiográfica. En ningún momento negó las malas prácticas que opacaron la acción de las JAP, lo que la hace consistente en relación a las memorias disidentes, dado que en ambas se reconoce una aficción. La diferencia surge, en la medida en que dicha aficción se concibe de manera distinta, porque ahí donde la señora Ana categorizaba el problema como un «horror», la señora Emilia lo veía como una «oportunidad».

Por otro lado, y retomando el argumento de Margaret Power, ejemplos como el de la señora Emilia permiten ver que el rol femenino de maternidad y domesticidad convivió con otras modalidades de despliegue de ese rol, mucho más ligadas al espacio público. En este caso, se trata de la participación en las JAP y del intento de resolución del problema del desabastecimiento.

Por último, es importante recalcar la sorprendente correspondencia entre el recuerdo de la señora Emilia y lo que la bibliografía disponible sobre las JAP plantea, por cuanto ambas apelan al carácter de solución con el que fueron concebidas. Esto nos permite profundizar la relación entre memoria individual y memoria colectiva, en el sentido que los recuerdos

⁷¹ *Idem.*

⁷² *Idem.*

de la señora Emilia tienen un sello personal, que revela la autenticidad de su vivencia en la época. Sin embargo, también se presentan los temas recurrentes que los estudios postulan sobre las JAP. Ello permite plantear que la convivencia entre el recuerdo y la narración nos muestra dos planos distintos del conocimiento historiográfico: por un lado, el contenido factual, cargado de juicio histórico-disciplinar y, por otro, cómo se vivieron dichos sucesos históricos, cómo afectaron a los individuos que los protagonizaron y atestiguaron.

Otras experiencias, que también se relacionan con la memoria protagonista, son las de la señora María Hernández y Elisa Rodríguez, esposa e hija, respectivamente, del señor Juan Rodríguez, presidente de la Junta de Vecinos. Éstas serán usadas como forma de exponer la participación del dirigente municipal, hoy fallecido.

Sobre el carácter de su marido, la señora María, muy afectada por el recuerdo, señala: «Juan siempre se interesó mucho por los asuntos del barrio, ayudaba a la gente siempre que podía. Recuerdo que partió por allá en el año '52 en un sindicato de trabajadores... se metió también al Partido Socialista en la época del FRAP, no... era una persona muy movida, le interesó siempre la política»⁷³.

Respecto de su actividad en torno al desabastecimiento, destaca:

«Ya cuando llegó el desabastecimiento, las tareas de la junta fueron mucho más fuertes, ya de antes estaba el comité popular trabajando también ahí mismo y gente de los comunistas, los niños de la Ramona Parra también, harta movilización. Se hicieron los contactos con la gente del gobierno, habían personas del Ministerio que venían recurrentemente y ahí a Juan se le encargó que formara la JAP con personas de la junta de vecinos»⁷⁴.

Sin embargo, dice que sus recuerdos son borrosos, por lo que su hija toma el relevo en la narración. La señora Elisa recuerda:

«Como te decía mi mamá, mi viejo siempre estuvo muy comprometido políticamente. La junta de vecinos pasó a ser casi su segunda casa porque pasaba metido ahí... Yo me acuerdo que tenía como 18 o 19 años cuando llegó Allende al gobierno. Recuerdo que mi papá se puso muy contento porque sabía que iba a ser una gran oportunidad para la gente

⁷³ Entrevista a la señora María Hernández, Santiago, 23 de noviembre de 2013.

⁷⁴ *Idem*.

¿REVOLUCIÓN CON EMPANADAS Y VINO TINTO?...

pobre, como nosotros. Yo le ayudaba en algunas tareas, a coordinar los contactos con la gente, como yo era más joven...»⁷⁵.

Respecto del desabastecimiento, destaca:

«(...) lo del desabastecimiento fue muy crítico para nosotros, pero yo recuerdo que mi papá me contaba que estos problemas eran esperables, y que uno tenía que seguir trabajando nomás, por eso formó la JAP acá. Después se habló mucho de lo que eran las JAP en ese tiempo, era porque mucha gente los apoyaba y también mucha gente les tenía mala. Mi papa tenía que ir a resolver problemas ahí al San Antonio, trataba de razonar con don Benigno a veces, y con el pesao' del Carlos... eran buena gente sí, yo nunca los vi metido en cosas del mercado negro»⁷⁶.

Sobre quién era responsable de la escasez, la señora Elisa duda:

«(...) mira la verdad no sé, pero creo que la culpa era compartida, mi papá decía que el gobierno pocas veces respondió de la forma necesaria... no todo eran puras ganas de hacer las cosas, y ahí quizás podrían habernos ayudado más del gobierno. Mucha gente era deshonesto también, y no entendía que mi viejo y los demás querían poner orden, todos acapararon igual cuando podían, era una cuestión de supervivencia creo yo...»⁷⁷.

Por último, respecto del significado que el compromiso social tuvo en sus vidas, la señora Elisa sostiene lo siguiente: «(...) cuando íbamos caminando por la calle, la gente nos gritaba cosas, habían cabros jóvenes de derecha que eran molestos y se ponían a pelear con los cabros de la Ramona Parra, incluso con mi viejo, pero eso no importaba porque nosotros sabíamos lo que teníamos que hacer y creíamos que las JAP estaba cumpliendo con ayudar a la gente a recibir sus cosas»⁷⁸.

Así, vemos que la memoria protagonista se caracteriza por la presencia de una fuerte voluntad, de un deseo por actuar y por hacerse cargo del problema del desabastecimiento. Asimismo, surgen nuevos datos sobre las razones de temas tan controversiales, como el acaparamiento. En palabras de la señora Elisa, la gente lo hacía por razones de supervivencia. Ello per-

⁷⁵ Entrevista a la señora Elisa Rodríguez, Santiago, 23 de noviembre de 2013.

⁷⁶ *Idem.*

⁷⁷ *Idem.*

⁷⁸ *Idem.*

mite vincular las experiencias de esas personas con las de personas como la señora Ana y la señora Carmen, para quienes, como ya se ha dicho, el desabastecimiento se identificó con el peligro. Vemos así cómo gente de distinta condición socioeconómica, en definitiva, de distintas clases sociales, pueden percibir un problema de la misma manera.

De lo anterior se desprende que, si bien las JAP dinamizaron el conflicto social, en tanto generaron resistencia y oposición, el problema del desabastecimiento que buscaron resolver, a su vez, generó una remisión de dicho conflicto. Esto se debió a que las condiciones materiales mínimas que aseguraran la subsistencia, vale decir, la disponibilidad amplia de alimentos y bienes de consumo, no se cumplieron. Es posible decir esto dado que, desde los mismos sectores populares, surgieron críticas hacia instituciones vecinales (como las JAP) y estatales que se autodenominaban populares. Ellas representaban la lucha del pueblo chileno y querían dar solución a sus problemas. Estas acciones e ideas, finalmente, tuvieron menos rendimiento social, porque el problema material –la escasez, y los peligros que conllevó– superó el simbolismo social que tuvieron las JAP y también se elevó por sobre la labor de reivindicación popular llevada a cabo desde el Estado, así como la ideología en la que estos elementos se inspiraban.

Asimismo, ese fenómeno de mitigación del conflicto social horizontal ilustra otro fenómeno relevante: la profundidad de penetración que pudo haber tenido el mensaje que las JAP y el gobierno popular proponían, apelando al cambio social estructural mediante la movilización de base de apoyo al gobierno. Si bien las capas populares, en su mayoría, apoyaron al gobierno de Allende, hechos como la situación de estrés a la que se sometió a la población permiten cuestionar la extensión del mensaje estatal de representación de la «causa popular».

Con todo, no se puede despreciar el hecho que existieron memorias ligadas a la acción, al asumir un protagonismo en condiciones en que pocos lo habrían hecho. Ello permite apreciar el valor y la profunda conciencia ciudadana que personas como don Juan Rodríguez, su hija Elisa, o la señora Emilia, tuvieron durante la Unidad Popular.

Conciencia de un problema ajeno: el caso de la memoria intermedia

Finamente, un tercer frente importante de memoria fue el de las personas que vieron las consecuencias del problema del desabastecimiento, pero que no fueron afectadas personalmente por él, o en última instancia, que no lo vieron como un problema tan agudo. Dada la masividad del desabastecimiento, sorprende que memorias como éstas puedan generarse. No obstante, también arrojan una faceta interesante del fenómeno.

La señora Teresa Borgoño, representante de este tipo de memoria, se ve a sí misma como una mujer de esfuerzo: «Siempre he trabajado, siempre trabajé, empecé como a los 13 años, trabajaba y estudiaba en un colegio de monjas»⁷⁹. Llegó a vivir a Cerrillos el año 1970, pocos meses antes de que Allende asumiera como presidente de la República. Respecto de su gobierno destaca: «(...) no, en esa época no me relacionaba con política, yo vivía sola con mi hijo, no me involucré en nada en política»⁸⁰.

En su recuerdo, la época de Allende fue buena, pero no debido a la acción del Estado ni del gobierno popular: «(...) yo esa época lo pasé bien, recibía un buen sueldo, aunque trabajaba todo el día en una farmacia en el centro, no tenía que ver nada con colas ni esas cosas, me dediqué a trabajar»⁸¹.

Sobre como sorteó el problema, relata: «En la pensión en que vivía había una señora que se preocupaba de toda la cuestión de comida, entonces yo no me preocupaba de nada»⁸², lo que nos dice que para ella el desabastecimiento fue un problema tangencial, que no tuvo mayores implicancias en su vida personal, que giraba en torno a su trabajo.

Sin embargo, sí tenía una opinión respecto de lo que sucedía a su alrededor: «Yo estaba favor de Allende, porque económicamente estaba bien. Durante los tres años no tuve problemas económicos»⁸³. Finalmente, sobre quién considera que fueron los culpables, su juicio es categórico:

«(...) la gente que tenía más poder, porque ellos escondían las cosas, guardaban las cosas... los que tenían negocios, después del golpe, cuando los allanaron, botaron las cosas a la calle, botaban el aceite, ahí se veía

⁷⁹ Entrevista a la señora Teresa Borgoño, Santiago, 21 de septiembre de 2013.

⁸⁰ *Idem.*

⁸¹ *Idem.*

⁸² *Idem.*

⁸³ *Idem.*

cómo los hacían sacar toda la mercadería que tenían guardada. La gente común y corriente no tenía cosas guardadas, los poderosos, los que tenían plata, sí, pero la gente humilde, no»⁸⁴.

Resulta raro ver cómo, en la memoria de la señora Teresa, el desabastecimiento no emerge como un problema destacable, sino como algo ajeno. Ello permite, nuevamente, plantear que, dentro de los segmentos populares, el problema fue vivido de manera múltiple, no necesariamente siguiendo una lógica mecánica, en la que la presencia del problema instara a la participación.

A pesar de su indiferencia, sorprende ver que tiene una opinión clara sobre quiénes fueron los culpables, lo que se relaciona estrechamente con la memoria protagonista. No obstante, se aleja de ésta al no haber formado parte de ninguna iniciativa u organización de base. En definitiva, lo significativo del recuerdo de la señora Teresa es ver la permeabilidad que las memorias individuales tenían respecto de los relatos pertenecientes a la memoria colectiva, vinculada al desabastecimiento, al punto de decir que casi no hay cruce entre ambos planos, sino que una asimilación total de la primera en torno a la segunda. Así, su carácter de memoria intermedia se justifica, dado que no vivió el problema en carne propia, pero es capaz de generar un relato marcado por lugares comunes.

De forma similar, la señora Irene Jara Camilo tiene recuerdos parecidos en torno al problema: «Aquí en el barrio sí, se hicieron varias colas, recuerdo que en el San Antonio siempre don Benigno [padre de don Carlos Roa] tenía que espantar a la gente que quería colarse y que no era ordenada»⁸⁵. Sobre como la afectó personalmente la escasez, recuerda:

«(...) nosotros veíamos cómo faltaban las cosas, la carne, la azúcar, no había aceite, pero nos las arreglábamos con lo que había, Alejo [su marido] a veces podía conseguirse más cosas, y como éramos tantos, era complicado hacer rendir las cosas. Pero me acuerdo que yo igual me ponía a las colas en la carnicería, en la panadería, iba con la tarjeta que repartían las JAP y sacaba mis cosas, a veces mandaba a Anibal [su hijo] y a tu papá»⁸⁶.

⁸⁴ *Idem.*

⁸⁵ Entrevista a la señora Irene Jara, Santiago, 21 de septiembre de 2013. La señora Irene es la abuela materna del autor.

⁸⁶ *Idem.*

Como se ve hasta ahora, pareciera ser que el desabastecimiento fue un problema como tantos. Sin embargo, la señora Irene agrega: «Yo me preocupaba porque había que darle de comer a tus tíos, como éramos muchos, todo nos duraba poco, y una como mamá se preocupaba»⁸⁷, lo que coincide con el rol doméstico materno que Power analiza. Ello la acerca a las memorias disidentes, de las que se aleja, en la medida que el «peligro del hambre» deriva en resignación, y no en indignación.

En suma, ambas memorias muestran que el posicionamiento popular en torno al desabastecimiento era complejo, dado que cada individuo y familia lo vivió de forma distinta. Ello plantea un desafío para las memorias colectivas e individuales asociadas al terror del desabastecimiento, así como al desabastecimiento visto como oportunidad de protagonismo. Es interesante reflexionar por qué algunas personas, frente al mismo problema, deciden verlo con angustia, mientras que otras lo ven como una apertura de acción cívica y, aun más, otras como un problema merecía poca atención.

Consideraciones finales

A lo largo de este artículo se ha querido dar cuenta de un importante fenómeno acontecido durante la Unidad Popular- Quizás, el desabastecimiento de bienes de consumo y primera necesidad ha sido uno de los fenómenos más simbólicos que sucedieron, pero, sin duda, uno de los menos estudiados. A este respecto, no queda sino ofrecer las conclusiones a las que se ha llegado.

En primer lugar, como tal, el fenómeno afectó de maneras muy diversas a las personas de la comuna de Cerrillos, las que irían desde su percepción como peligro, a su percepción como oportunidad de protagonismo histórico, o a su percepción como un problema ajeno e irrelevante. Desde este punto de vista, es interesante ver que el desabastecimiento era un fenómeno caótico, que no respondió a tendencias iguales para toda la población y que, en definitiva, se mostró como un fenómeno complejo. El hecho que existan tres frentes de memoria claros, dentro de la gran caja de memoria que implica el fenómeno en sí y la experiencia global de la Unidad Popular, permite afirmar esto.

⁸⁷ *Idem.*

No obstante, sería en extremo entusiasta decir que estas tres formas agotan totalmente la forma en que dicho problema pudo haber sido vivido por la totalidad de la población chilena, dado que los límites del presente artículo delimitan también la representatividad que estas experiencias puedan tener a nivel nacional. No obstante, al plantearse como extremos (y una posibilidad intermedia), son un primer acercamiento a un estudio más acabado y global acerca del fenómeno a nivel nacional.

Desde este punto de vista, vemos que la herramienta de la historia oral es una entrada provechosa a relatos que, de otra forma, quedan en el anonimato, precisamente, porque se consideran un capítulo más del gobierno de la Unidad Popular, dejando de lado la importancia que el fenómeno tuvo en cuanto instrumento de legitimación para el golpe y la instalación de la dictadura. A este respecto, podemos decir que, en su momento, la situación de desabastecimiento despertó distintos sentimientos, lo que anulaba toda visión totalizante respecto a la «destrucción nacional» que generó la política económica de Allende. La frase «todo el mundo quería que los militares intervinieran» es un lugar común en la memoria asociada al golpe de Estado. De esto se deduce que, aparentemente, la totalidad de la población sufrió de la misma manera los problemas asociados a la política económica del gobierno popular. Por esto, es una frase que, en definitiva, ilustra esa visión totalizante. Sin embargo, el hecho que el desabastecimiento en sí haya sido un fenómeno complejo en sus causas (y de ahí los múltiples responsables que las diferentes memorias rescatan) y, aún más, que hayan sujetos rememorantes que vieron el problema como una oportunidad de protagonismo histórico, permite plantear que dichas visiones totalizantes tienen poco peso objetivo, y se entienden sólo dentro del voluntarismo de quienes decidieron usar el problema como chivo expiatorio para el golpe de Estado.

De esta manera, historizar fenómenos de corto alcance dentro de las grandes narrativas permite, al mismo tiempo, ponerlas en duda, lo que restituye la importancia del trabajo de la historia oral. Ésta va más allá de lo patrimonial y se inserta, directamente, en la construcción de la identidad histórica del país, sobre todo, al considerar acontecimientos que han marcado nuestro pasado reciente, como es el caso del golpe de Estado y la dictadura.

Por último, queda dar cuenta de la razón por la cual, frente a un mismo hecho, se generan distintos relatos de memoria. A este respecto, la teoría misma nos da una respuesta: que cada persona recuerda lo que es significativo para ella, lo que implica que la impronta original, la huella del

acontecimiento en la mente de la persona, también es distinta, también se vive subjetivamente. Ya se han dado algunas ideas de por qué se genera esto: son las condiciones materiales, las experiencias de vida, las tradiciones y las visiones de mundo de la persona las que determinan cómo se viven los hechos históricos y, por ende, cómo éstos serán recordados en el futuro. A estos elementos se agrega la importancia de la postura política y de la ideología, que demarca una posición de acción en el espacio público, a pesar de que ésta no se exprese en fidelidades partidarias. Ello se entiende ya que un proceso propositivo y transgresor como fue el de la Unidad Popular, necesariamente, crearía reacciones políticas. Ello ocurriría a pesar de que algunos de sus actores (la derecha en su amplio espectro, pero sobre todo la ciudadanía no afiliada a partidos político) renegaran de dicha condición de actor político, dado que trastocaba elementos naturalizados por los grupos sociales y políticos privilegiados a lo largo de la historia del país.

En resumen, todo el proceso de rememoración y generación de la impronta histórica en el individuo son eminentemente subjetivos. Frente a esta subjetividad de la memoria, la objetividad historiográfica emerge como un problema. En medio de la recopilación de los testimonios (vale decir, de las entrevistas), es difícil evitar interrumpir a los testigos y decirle que su recuerdo está llena de prejuicios, que puede haber sido víctima de la manipulación mediática hecha en ese momento frente al problema de la escasez. A su vez, ello presenta grandes problemas éticos, por cuanto juzgar una memoria equivale a juzgar a una persona, y no sólo a ella, sino a toda la tradición en la que dicha persona está inserta, que, en última instancia, sirvió de marco cultural y empírico que llevó a que la persona pensara así y no de otra forma. Proceder así implica generar un juicio de valor personal, ciudadano, que escapa a la dimensión académica de la disciplina historiográfica.

No obstante, pretender que existe la objetividad historiográfica en este aspecto implicaría conciliar dos recuerdos que se excluyen mutuamente y, aún más, indicaría que la memoria es objetiva en sí. Este problema se resuelve mediante la figura de la «caja de memoria», en la que relatos opuestos conviven y se refieren el uno al otro. Se concluye en este aspecto que, a nivel disciplinar, lo objetivo es el conflicto, la relación contenciosa que los protagonistas del desabastecimiento tuvieron en la historia, y que tienen hoy en la memoria. Sobre si recuerdo es el correcto o no, es el lector y la ciudadanía los que tienen que tomar la decisión en un tópico tan delicado como el de las responsabilidades y motivaciones que llevaron al golpe de Estado y la dictadura.